

Carlos Reygadas y lo siniestro

Leda Rendón

El cineasta mexicano Carlos Reygadas ha explorado lo más abyecto y sublime del hombre y su entorno en sus hasta ahora cuatro filmes: *Japón* (2002), *Batalla en el cielo* (2005), *Luz silenciosa* (2008) y *Post Tenebras Lux* (2012). La predilección por trabajar con actores sin experiencia le ha hecho ganar en fuerza narrativa porque de ellos sólo le interesa “fotografiar su energía”. Heredero de Robert Bresson, Reygadas se inclina por las sensaciones más que por la creación de personajes. Sus héroes parecen árboles mecidiéndose al compás del viento, que, sin darse cuenta, están relacionados con todo; son seres rotos, sin estructuras que los contengan. Lo siniestro está presente en cada diálogo, mirada, sonido y fotografía del paisaje. Las cintas le proponen al espectador el desnudamiento absoluto del yo. La suya es una cinematografía trágica y apocalíptica: la muerte de sus héroes es el presagio del fin del mundo conocido.

En la filmografía del cineasta multipremiado en Cannes los elementos fantásticos aparecen de forma natural como en la tradición del realismo mágico latinoamericano. En su narrativa los sueños forman parte de la cotidianidad; el tiempo y el espacio se mezclan para intentar develar los abismos insondables del alma. En *Japón* una mujer hermosa besa en la boca a una anciana. En *Batalla en el cielo* una prostituta fresa le hace sexo oral a su chofer. En *Luz silenciosa* la amante le regresa la vida a la esposa con un beso y en *Post Tenebras Lux* un hombre se arranca la cabeza y el demonio aparece en forma de dibujo animado. Estos guiños le dicen cosas diferentes a cada persona. Es como si el cuerpo del cineasta “estuviera conectado a una máquina” que tradujera la infinidad de matices y contradicciones que lo habitan.

Reygadas tiene un romance con lo cotidiano y fotografía la perversión y la violencia a través de largos planos-secuencia y música clásica como pocos. La luz es su búsqueda esencial. Los sonidos de los animales, los árboles con el viento, el caminar y la respiración construyen un espacio íntimo que redundante en una melancolía contagiosa. El pecado es un néctar que disfruta como un creador sádico. Él es dios al construir y modelar los universos de sus cuatro películas a partir del Yo. A diferencia de, por ejemplo, Philip K. Dick, Reygadas no busca a ningún ser supremo porque sabe que en el alma humana reside el infierno y el paraíso. Quizá, como los judeocristianos, piensa que sólo después del sufrimiento llega la paz.

Creer significa desarrollar patologías y Carlos Reygadas lo sabe muy bien, por eso en sus historias no existe la cura sólo la expiación. En su discurso hay una idealización de la infancia: momento de pureza y conexión con el cosmos. Monet, Hopper, Modigliani, Vermeer se ven todo el tiempo en su fotografía preciosista. Sus películas son un sueño perverso de culpa y muerte. Explora lo humano junto con grandes maestros del cine: Tarkovsky, Skolimowski, Buñuel o Ingmar Bergman. Para él la naturaleza es el origen del mal. Sorprende su relación con la servidumbre y los animales. Maneja el discurso del doble de forma virtuosa. Sus cintas son habitáculo de deseos inconexos que nos regalan hermosos momentos de pesadilla. La manera de armar el discurso es absolutamente moderna: mezcla de citas del arte en general, además de deseos y obsesiones. Reygadas superpone diversas realidades para construir universos evanescentes. Por eso en su poesía visual el azar juega un lugar preponderante. Así na-

rra las estructuras internas de la conciencia: “habla del presente, el pasado, hace planes a futuro y sueña”; todo en un mismo plano.

Ver las piezas de Reygadas es comprender la lógica del pensamiento y la emoción en su estado puro. En sus cuatro filmes destacan los rompimientos al estilo Bertolt Brecht que hacen que el espectador se pregunte: ¿qué de todo lo que estoy viendo es mi realidad y qué no? Con una técnica surrealista casi de escritura automática logra penetrar el mundo oscuro y cruel que nos rodea. Reygadas es una especie de Marcel Duchamp que elabora a partir de lo ya existente —*objet trouvé*— historias que tienen cierta correspondencia con la lógica narrativa convencional y que terminan de construirse sólo por la partitura emotiva del otro: el espectador. Todo esto sumado a una excelente fotografía, banda sonora y *casting* dan como resultado desconcierto y desasosiego.

Nuestro país —marcado por la diferencia entre clases sociales, la violencia y la ignorancia— permite una confusión natural que Reygadas utiliza como prótesis para traducir su mundo interior. Por eso se entiende cuando habla de sus películas como absolutamente realistas: son su verdad profunda, por tanto, realidad objetiva. Lo cierto es que al pasar por el lente de una cámara se vuelve atisbo de paraísos artificiales. El suyo es un cine de reflexión filosófica y, quizá sin proponérselo, pleno de significados incompletos. Reygadas parece decir: si lo siento debe existir; si existe puedo representarlo y reflexionar sobre ello. **U**